

Mendoza obrera

Mendoza obrera

Un análisis de las experiencias
de clase del movimiento obrero
mendocino (1930-1936).

Mariana Ayelén Pereyra

EDIUNC Mendoza, 2026

La historia escrita sobre la clase obrera en Argentina comenzó centrada en la génesis y la formación de las organizaciones obreras, desde los sindicatos de empresa o rama hasta las centrales sindicales, y en las corrientes político-ideológicas que disputaron la conducción de esa clase social. Siendo Buenos Aires —y en menor medida Rosario y Bahía Blanca— donde el capitalismo y, por ende, la clase obrera estaban más desarrollados y donde surgieron las primeras organizaciones de trabajadores, esas historias resultaron, en cierta medida, el relato de lo ocurrido en las grandes ciudades del litoral argentino, y particularmente en Buenos Aires. Como muestran los trabajos, sus autores, participantes de ese proceso histórico, no desconocían la existencia de luchas y organizaciones en otros puntos del país, pero centraron su atención en las organizaciones y hechos que se presentaban como principal carril de esa historia.

Desde la década de 1930 y hasta los primeros años de la de 1970 se publicaron las clásicas historias generales del movimiento obrero. No casualmente estas historias clásicas y las que las siguieron fueron publicadas en momentos de intensificación de las luchas por la conducción del movimiento y de la clase obrera.

El ambiente creado por el ascenso de las luchas de los años sesenta y setenta, sin duda, influyó positivamente para que los historiadores se ocuparan de hechos que extendieron la mirada más allá de las grandes ciudades nombradas. Trabajos sobre las huelgas de Santa Cruz, La Forestal y Las Palmas marcaron ese nuevo interés, que excedía los límites de la Buenos Aires de la Semana de Enero de 1919.

Triunfante la fuerza social acaudillada por la oligarquía financiera, las secuelas de ese triunfo se hicieron sentir en la producción historiográfica. La década de 1980 vio florecer los discursos que, a la vez que rechazaban el uso del instrumental teórico metodológico acumulado (las *teorías*,

que, en esa mirada, operaban como un *lecho de Procusto*), renunciaban a realizar análisis de procesos generales (los *grandes relatos*). La ofensiva de la oligarquía financiera —de la que son ejemplo las políticas de los gobiernos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan y, en Argentina, el Proceso de Reorganización Nacional— fue acompañada en el campo de las ciencias sociales, probablemente sin que tuvieran sus cultores plena conciencia de ello, por un discurso que sostuvo la desaparición o, al menos, la pérdida de centralidad de la clase obrera. Los estudiantes se formaban en la creencia de que la clase obrera, su histórico aliado en los procesos de lucha de los años sesenta, no existía más o de ella solo quedaban resabios.

En el campo de la historiografía argentina ese discurso fue acompañado por otro que afirmaba la inexistencia de la clase obrera antes del surgimiento del peronismo. Solo se podía hablar de *sectores populares*. Un extraño país capitalista sin clase obrera y —paraíso de los dueños del capital— sin movimiento organizado sindical y político.

El pasaje del siglo *xx* al *xxi* mostró una reversión de esa tendencia, particularmente en América Latina. Hechos como el Caracazo, la Guerra del Agua, la Guerra del Gas, la movilización indígena en Ecuador, etc., no solo crearon condiciones para revertir parcialmente las llamadas *políticas neoliberales*, sino que reintrodujeron en el mundo de las ciencias humanas el tema del conflicto social y sus protagonistas.

En Argentina, el ciclo de rebelión iniciado con el Santiagazo (1993) y que culminó con la insurrección de diciembre de 2001 abrió una brecha en los discursos de los intelectuales del régimen y creó un ambiente propicio para que una nueva generación de historiadores retomara la investigación de la historia de la clase obrera, enfocados tanto en sus luchas como en sus organizaciones. Pero con una novedad: se multiplicaron las investigaciones que se ocupan del movimiento obrero más allá de los que habían sido los núcleos centrales del capitalismo argentino. De esta nueva corriente forma parte la investigación de Mariana Pereyra que aquí presentamos.

También en Mendoza los primeros trabajos fueron realizados por militantes políticos. Aunque en menor medida que en las localidades nombradas más arriba, pero por las mismas razones, el movimiento popular mendocino ha sido objeto de unas pocas investigaciones. En particular ligadas a momentos de agudización del conflicto social (como el Mendozazo o la huelga docente de 1919). El peso de la clase obrera, particularmente en Godoy Cruz, intendencia socialista defendida a balazos el 30 de marzo de 1934 frente a los matones del Partido Demócrata Nacional, dio sustento material a la existencia de un sólido

movimiento obrero y al surgimiento de dirigentes con proyección nacional.

Pero, como bien indica Mariana Pereyra, «la conflictividad social en la provincia de Mendoza ha sido, en general, poco analizada por la historiografía argentina», y «ha sido considerada por la historia local de corte tradicional como una provincia con escasas luchas y con un proletariado casi inmóvil». Este libro comienza a llenar ese vacío.

Si solo fuese ese su aporte, el trabajo de Mariana Pereyra constituiría una valiosísima contribución a la historia de la clase obrera en Argentina. Pero, además, este libro se ocupa de un período que solo recientemente ha suscitado el interés de los investigadores: los años treinta y, más específicamente, su primera mitad. Período de singular importancia en tanto que en él se consolida la estrategia de la clase obrera, que tiene como meta incorporarse al sistema institucional vigente, transformándolo, pero sin trascenderlo, en un proceso que culminó y se realizó plenamente con el peronismo. No se trata de un período *sin lucha*, que la clase obrera *no luchó*, como creyeron entender algunos de los historiadores del período, sino que tendió a librar sus enfrentamientos dentro del sistema institucional o intentó penetrarlo.

Asimismo, el trabajo de Pereyra contribuye a mostrar que mucho antes de la década de 1940 el movimiento obrero argentino era nacional por la forma: no se limitaba a Buenos Aires y Rosario, sino que estaba organizado en todo el país. Lejos de ser un *exceso retórico*, hablar de movimiento obrero en los años treinta es reconocer la existencia de un sujeto que ya es central en la vida política argentina. Esto no significa ignorar el cambio que significó el surgimiento del peronismo, cambio cuantitativo que devino cualitativo.

La organización obrera de los años treinta no solo se extendía por todo el país sino que existían lazos entre los sindicatos y con las centrales sindicales. Vaya como muestra la solidaridad del movimiento obrero mendocino con la huelga general de enero de 1936 declarada en Buenos Aires. Desde muy temprano encontramos huelgas y testimonios de militantes anarquistas, socialistas, sindicalistas y comunistas en todos los rincones del país y, a la vez, vinculados con las organizaciones centrales. Por ejemplo, la huelga de los obreros de los ingenios azucareros en 1904 o las huelgas de comienzos del siglo xx en un lugar tan remoto como Santa Cruz o las realizadas en la década de 1910 en el Alto Valle del Río Negro. Los 44 diputados nacionales (incluyendo dos por Mendoza y uno por San Luis) y los legisladores provinciales y concejales en Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Mendoza, Entre Ríos, La Pampa, Neuquén, Río Negro, Chaco, Santa Cruz elegidos por el Partido Socialista a comienzos

de los años treinta, dan cuenta de una presencia nacional (más allá de la coyuntural abstención radical) que se prolongaba desde los años veinte, cuando todos los municipios de La Pampa y casi todos los del Chaco estaban en manos socialistas.

En síntesis, el trabajo de Mariana Pereyra contribuye a la reconstrucción de la historia de un sujeto fundamental, la clase obrera, no solo en Mendoza sino en el país.

NICOLÁS IÑIGO CARRERA